

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. APELES MESTRES

EL DÍA 21 DE ABRIL DE 1918



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTALEGRE, NÚM. 5

1918

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. APELES MESTRES

EL DÍA 21 DE ABRIL DE 1918



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.

CALLE DE MONTALEGRE, NÚM. 5

1918

EL COLOR EN EL QUIJOTE

Señores Académicos:

Cual el peregrino ante cuyos pasos ve alzarse señorial mansión que le ofrece franca hospitalidad, abriéndole de par en par sus puertas, se inclina respetuoso y la colma de bendiciones; así yo, peregrino del arte y de las letras, al ver tan inesperadamente abrírseme las puertas de esta docta Academia, me inclino con respeto y saludo con agradecimiento.

Y grande es mi satisfacción al entrar en ella y verme rodeado de hombres ilustres y de antiguos amigos á cuya amistad, quizás más que á mis méritos, debo el honor que me dispensan, brindándome tomar asiento á su lado.

Pero mi satisfacción y mi agradecimiento suben de punto al enterarme de que el sillón que me ofrecen es el mismo que ocupó durante largos años el que fué mi muy querido y admirado amigo, el ilustre historiógrafo Salvador Sanpere y Miquel.

Raras coincidencias ofrece muchas veces la vida, y ésta es una de ellas. ¡Cómo pensar que fuera yo quien tuviera el altísimo honor de ocupar su vacante, yo que fuí quien le acompañé en sus últimos días y como quien dice hasta su hora postrera! Quiso la fatalidad que fuera á parar el malogrado Sanpere y Miquel á una clínica contigua á mi casa, lo cual me permitía entrar á verle á todas horas; y como aquella cabeza privilegiada conservóse sana y fuerte hasta sus últimos momentos, pasábamos largas horas charlando, embelesado yo escuchando los interesantes relatos, salpicados de agudezas, interesantes siempre, ya de las aventuras de mocedad, ya de sus artísticos viajes.

«Es preciso que escribas todo esto en cuanto te pongas bueno»,

le dije repetidas veces, sin sospechar que la muerte estaba ya sentada á la cabecera de su cama.

Desgraciadamente, aquel libro anecdótico que hubiera sido, sin duda, uno de los más interesantes de sus libros, no llegó á brotar de su pluma, pues una segunda operación que al parecer se hizo indispensable, cortó inopinadamente el hilo de aquella vida tan extraordinariamente laboriosa y henchida aún de promesas.

Porque Sanpere y Miquel sabía de todo, había escrito sobre todas las materias. Pretensión ridícula sería en mí, querer reseñar aquí la inmensa labor de nuestro llorado amigo, en primer lugar por ser tarea tan larga que reclamaría no una simple memoria, sino un voluminoso libro; en segundo lugar, porque es harto conocido de todos vosotros, mejor dicho, de todo el mundo de las artes, ya que el nombre de Sanpere y Miquel es pronunciado con respeto en toda España y fuera de ella. Viva está todavía la impresión hondísima que poco antes de su muerte causaron las conferencias que dió en el Ateneo de Madrid; y por no recordar más que las principales de sus obras, citaré : *Barcelona, su pasado, su presente y su porvenir*; *Las damas de Aragón*; *Orígens y fonts de la Nació Catalana*; *Estudi de Toponomàstica catalana*; *Topografía antigua de Barcelona, Rodalía de Corbera*; *Fin de la Nación Catalana*; *De la introducción de la Imprenta en las Coronas de Aragón y Castilla*; diversos estudios sobre pintores antiguos, entre ellos *El Greco* y nuestro poeta-pintor *Pere Serafi*; y sobre todo citaré, como algo definitivo, su obra magna : *Los cuatrocentistas catalanes. Historia de la pintura en Cataluña en el siglo XV*, con la cual sacó del olvido en que yacían — y aun dió á conocer algunos completamente ignorados — á tantos y tan notables pintores catalanes de la Edad Media, como los Vergós, Huguet, Borrassá, Gascón, Delpont y tantos otros.

Esta sola obra le conquistaría para lo futuro un sitio preeminente entre los catalanes que merecen bien de su tierra. Cataluña en particular y el mundo del arte en general, han de quedar eternamente agradecidos á Sanpere y Miquel.

Y rendido este breve y merecidísimo tributo de admiración al sabio infatigable y al inolvidable amigo, permitidme ahora, señores académicos, que os ofrezca el modesto trabajo — si tal nombre merece — cuya lectura os ruego que escuchéis con benevolencia.

EL COLOR EN EL QUIJOTE

De todas las obras que ha producido el humano ingenio, ninguna ha hecho correr tantas plumas ni emborronar tanto papel como la inmortal novela de Cervantes. Críticos, comentaristas y anotadores, han discurrido, comentado y anotado tan abundantemente, que sin pecar de exageración puede asegurarse que las críticas, comentarios y notas que sobre el Quijote andan por estos mundos formarían una altísima montaña; y que si le fuera dado á Cervantes contémplarla, se asombraría por de pronto, se reiría muchas veces, y se indignaría no pocas más, al ver á cuantos dislates y tonterías han dado pie las andanzas y malandanzas de su héroe manchego.

Y es que en esa obra, tan maravillosamente compleja, cada cual ha encontrado lo que le convenía encontrar y ha visto lo que le vino en gana de ver; y por esta razón cada cual ha estudiado el Quijote bajo su peculiar punto de vista, y así lo hemos visto considerado y comentado bajo su aspecto literario, histórico, político, social, jurídico, casuístico, astronómico, médico, higiénico y hasta culinario. Trabajo he visto yo, en el que se demuestra que Cervantes fué el precursor de la homeopatía.

Claro está que entre ese fárrago de lucubraciones se han dicho cosas atinadísimas; pero también ¡cuántas majaderías! hijas, muchas de ellas, del afán de decir sobre el Quijote algo nuevo. ¡Bendito afán de decir «algo nuevo» que — según frase de Voltaire — ha hecho decir tantas extravagancias y tonterías!

Y ahora, asombraos, señores! Yo que tanto me he reído de ese afán de decir «algo nuevo» y sobre todo á propósito del Quijote, tengo la pretensión, tan ridícula y pueril como queráis, de cometer este propio pecado, que pecado juzgo atreverse á manosear ese libro que con tan sacratísimo respeto merece ser tratado.

Claro está que no tengo la pretensión de creer que lo que voy á deciros tenga el mayor vislumbre de trascendencia, pero si la observación pequeña, minúscula, que voy á exponeros se ha hecho ya, yo lo ignoro en absoluto.

Por lo tanto, por insignificante que sea, y lo es ciertamente, si os parece atinada no dejará de tener su mérito; si, en cambio, la

juzgáis una majadería, no tenéis más que encogeros de hombros y decir bonachonamente: ¡una majadería más.

Y ni la obra de Cervantes habrá padecido con ello lo más mínimo, ni yo habré cometido, al fin y al cabo, una falta que no hayan cometido antes que yo muchos y más autorizados autores.

Así pues, digo ¿os habéis fijado alguna vez en el «color» del Quijote? ó mejor dicho, en «la nota de color» dominante, que como un *leitmotiv* aparece acá y acullá en ese libro? Pues esta nota, este *leitmotiv* de color existe, y existe y se reproduce con una insistencia tal, que llega á tener trazas de obsesión, y que me sorprende no haya sido observado con frecuencia ó á lo menos, — lo repito muy alto para que conste, — yo ignoro que lo haya sido.

Pues bien, ese color de que os hablo y que aparece como una pincelada que prodiga un pintor enamorado de cierta nota de color que lleva impresa en su retina y á la cual parece someter la entonación general de su cuadro, es el *verde*.

Hice esta observación en mis mocedades, á las pocas veces de leer el Quijote — con lo cual doy á entender que lo he leído muchas; y tanto me impresionó, que al igual que después de mirar al sol flota ante nuestros ojos una mancha luminosa, no puedo pensar en el Quijote sin que brille ante mis ojos esa obsesionante mancha verde.

Y para que no creáis que se trata de una alucinación ó de jactancia de originalidad por mi parte, aun á riesgo de ser ridículo, abramos el gran libro y hojeémosle aunque sea muy a la ligera.

* * *

No sé si os habréis fijado en que en todos ó casi todos los cuadros, los pintores nos presentan á D. Quijote con medias encarnadas. ¿Por qué razón? Lo ignoro; lo que sí puedo afirmar, es que las medias que usaba D. Quijote eran verdes, según lo afirma el mismo Cervantes:

«Se le soltaron (á D. Quijote) dos docenas de puntos de una media que quedó hecha celosta. Afligióse en extremo el buen Señor y diera por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata.» (1)

Ya al principio del libro vemos la predilección de D. Quijote, ó de Cervantes, por el color verde en la famosa celada que con tanto trabajo se construyó el propio D. Quijote, pues al llegar á la venta donde debía ser armado caballero, vemos que:

(1) Cap. XXIV, Segunda parte.

«Jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada que trata atada con unas cintas verdes.» (1)

En el primer capítulo de la segunda parte, al visitarle el cura y el barbero, «halláronle, dice Cervantes, sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano».

Llega D. Quijote á casa de los Duques, y allí vemos que, después de echarse á cuestras «el mantón de escarlata, púsose una montera de raso VERDE.» (2)

Y algo más lejos, después de vestirse «su acamuzado vestido, púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata».

Organizan los Duques una caza de montería en honor de su huésped «con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado», y naturalmente:

«Diéronle á D. Quijote un vestido de monte y á Sancho otro verde de finísimo paño.»

He dicho «naturalmente» y díjelo adrede para recordar que desde los tiempos más remotos de la Edad Media, en las cacerías no sólo reales sino simplemente señoriales, solían los cazadores, monteros, halconeros, pajes, etc., llevar vestidos de color verde, á fin de confundirse mejor con el follaje, así es que el vestido de monte que se le da á D. Quijote se sobreentiende que es verde, así como el de Sancho.

El cual lo estimaría en tanto, que más lejos exclama:

«Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto.» (3)

Y más tarde, una vez ha tomado posesión del cargo de Gobernador, afanoso de mostrarle á Teresa Panza, su mujer, su munificencia, le escribe:

«Ahí te envió un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa.» (4)

Ya veis que cada vez que habla de él, no se le olvida hacer constar su color, como si este detalle le diera mayor importancia.

* * *

(1) Cap. II, Primera parte.

(2) Cap. XXXI, Segunda parte.

(3) Cap. XXXV, Segunda parte.

(4) Cap. XXXVI, Segunda parte.

Ahora bien, si de los protagonistas pasamos á los personajes secundarios, el primero que se nos viene á las mientes ¿quién ha de ser, sino el caballero del *Verde Gabán*, cuya indumentaria describe Cervantes con tanto lujo de detalles y de verdor?

«*En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino VERDE gironado de terciopelo leonado con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era asimismo de morado y VERDE; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de VERDE y oro y los borceguetes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas sino dadas con un barniz VERDE, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro.*» (1)

Y esto en el riñón de España.

Pasemos ahora a tierras de Aragón y allí damos de manos á boca con la fastuosa Duquesa, la cual se aparece á los ojos de Cervantes, como sigue:

«*Vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísimamente adornada con guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de VERDE.*»

Viene D. Quijote á Cataluña, y en las cercanías de Barcelona, en los que fueron frondosísimos bosques de Moncada, según la tradición, se le aparece Claudia, la joven aristocrática, vestida con traje masculino en esta forma y color:

«*Venía á toda furia (sobre un caballo) un mancebo al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco VERDE con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistólas á los lados.*» (2)

También en la ínsula Barataria tropezamos con una doncella vestida de hombre, á la cual sorprende la ronda nocturna, llevándola á presencia de Sancho gobernador:

«*Descubrieron un rostro de una mujer ... recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda VERDE ... y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro y una salta-*

(1) Cap. XVI, Segunda parte.

(2) Cap. LX, Segunda parte.

embarca ó ropilla de lo mismo, debajo de lo cual trata un jubón de tela finísima de oro y blanco y los zapatos eran blancos y de hombre.» (1)

Ya en la primera parte hemos visto que cuando el cura urde la estratagema para volver á D. Quijote á su casa, proponiendo disfrazarse él de doncella andante y el barbéro de escudero, préstale la ventera las prendas que para ello necesita, y que son éstas:

«Púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco.» (2)

Cuando dos capítulos más adelante Dorotea, como llovida del cielo, viene á substituirle en tan escabroso papel ofreciéndose á representar el de doncella dolorida, he aquí los atavíos de que echa mano.

«Sacó Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas.» (3)

En las bodas de Camacho, al aparecer con gran pompa los novios, exclama Sancho viendo á la novia:

«¡A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega!»

Y en efecto, las prendas que trae Quiteria son: *«Ricos corales; y la palmilla VERDE de Cuenca es terciopelo de treinta pelos y la guarnición de tiras de lienzo blanco, voto á mi, que es de raso.» (4)*

Ya al describir los preludios de la fiesta, hemos visto que:

«entró una danza de doncellas hermosísimas, vestidas todas de palmilla verde.» (5)

Viene luego un carro de madera

«á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y cáñamo teñido de VERDE.»

Al salir de la cueva de Montesinos, refiere D. Quijote:

«Hacia mí se venía un venerable anciano con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso VERDE.» (6)

(1) Cap. XLIX, Segunda parte.
(2) Cap. XXVII, Primera parte.
(3) Cap. XXIX, Primera parte.
(4) Cap. XXI, Primera parte.
(5) Cap. XXII, Segunda parte.
(6) Cap. XXIII, Segunda parte.

Después de abandonar D. Quijote el castillo de los Duques, éntrase una tarde con Sancho «por una selva que fuera del camino estaba», y he aquí que de repente:

«Vióse enredado entre unas redes de hilo VERDE que desde unos árboles á otros estaban tendidas.» (1)

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante

«Dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras,.... sino que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro; traían los cabellos sueltos por las espaldas ... los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas.»

Ya veis que, no contento Cervantes con puntualizar el color verde en las prendas de vestir, no se olvida de indicarlo aún en aquellos adornos constituídos por la simple y natural vegetación. Así, por ejemplo, entre los números que integran los festejos celebrados en el castillo de los Duques, figura una comparsa compuesta de «cuatro salvajes, todos vestidos de verde yedra».

Al describir las doncellas de la edad de oro, dice: «y no eran sus adornos de los que ahora se usan ... sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidos». (2)

En las descripciones de la naturaleza tampoco suele olvidársele á Cervantes hacer resaltar el color verde, como en ésta y otras tantas:

«Ofrécesele á los ojos una floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra la vista su verdura.» (3)

Y aun descendiendo á los más mínimos detalles, vemos aparecer siempre tenaz, obsesionante, el color verde. Así, después de la aventura del caballo Clavileño, al levantarse D. Quijote y Sancho:

«vieron hincada una gran lanza en el suelo y pendiente de ella y de dos cordones verdes un pergamino.»

¿Qué más? Al Caballero de los espejos volábanle sobre la celada gran cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas. ¿Por qué no decir de varios colores? ¿Por el gusto, quizá, de poner la pincelada verde, toda vez que este color es el primero que señala Cervantes?

* * *

(1) Cap. LVIII, Segunda parte.

(2) Cap. XI, Primera parte.

(3) Cap. L, Primera parte.

No quiero fatigaros más acumulando citas y más citas; pero tened la seguridad de que si siguiéramos hojeando el Quijote, la pincelada verde iría acá y acullá hiriendo vuestra retina.

Ahora bien ¿á qué obedece esta insistencia? ¿Es que el color verde era el color predilecto de Cervantes? ¿Es que éste era el color de moda en los días en que Cervantes escribió el Quijote?

He aquí lo que me vengo preguntando hace años, sin atreverme á contestar categóricamente por no hallar una respuesta que satisfaga mis dudas.

Examinemos la segunda de las preguntas que acabo de formular. Que la moda, caprichosa y tiránica, impone cuando se le antoja y por más ó menos tiempo, la adopción de un color determinado, es un hecho sobradamente sabido.

Todos vosotros, ó los más de vosotros, recordaréis que hace unos veinte años, allá por el de 1895, y como quien dice de repente, aparecieron todas nuestras elegantes vestidas de verde, y no de un verde discreto, sino chillón, el que los artistas llamamos «de loro», y al mismo tiempo, y como por ensalmo, fueron apareciendo pintados del mismo color los escaparates, rótulos y puertas de casi todos los almacenes y comercios; del mismo modo que en mi infancia, ó sea en los últimos tiempos del segundo imperio napoleónico, nos vino de Francia el color rojo, y asimismo todas nuestras elegantes se vistieron de rojo, y de rojo se pintaron todas las tiendas que se preciaban de buen gusto.

Recordad ahora la España en que vivió Cervantes. Parece que con Felipe II una mancha negra se extiende por toda ella: negrura en todas partes, una especie de luto nacional. Diríase que en el famoso entierro del «Conde de Orgaz» del Greco, cristaliza toda la España de aquella época.

Y como fantasmas negros vemos á aquel neurótico monarca, y á Felipe III, y á Quevedo, y á Calderón, y á Lope, y á Solís, y á Herrera, y aun al histrión Pablillos.

¿Qué tendría pues de particular, que fatigada de tanta negrura, la gente moza, los petimetres, las mujeres elegantes, los hombres de corazón alegre, se sublevaran un día contra aquella especie de luto oficial, saliendo con una estridencia de color, adoptando el verde, quizá sin motivo justificado, como hubieran podido adoptar otro cualquiera, ó quizá porqué fué importado de Francia, como poco tiempo antes lo fué «la capa corta»?

Hácame sospechar que algún fundamento tenga esta suposición, alguna que otra locución que corre todavía de boca en boca y que

bien pudiera tener su origen en aquella moda, si tal moda hubo.

Así llamamos «viejo *verde*» al que presume de joven y hace cosas más propias de la juventud que de la edad senil. Me diréis que este verdor puede tomarse en el sentido de tronco viejo, pero no caduco, y que retoña ó reverdece todavía; pero yo objetaré que bien pudiera tomarse en el sentido de viejo que se viste de verde, adoptando la moda propia de gente moza y petimetre.

«A buena hora mangas *verdes*» dice otra locución irónica para indicar lo que viene fuera de tiempo ó de propósito. Cierto es que bien pudiera referirse á mangas parroquiales que llegan tarde á una ceremonia ó después de salida la procesión; pero también, como la anterior, pudiera referirse á usar mangas verdes en el vestido, cosa igualmente fuera de tiempo y de propósito tratándose de persona machucha. Y me apoyo, al aventurar esta suposición, en que dicha locución tiene en muchos casos la misma acepción que aquella otra que dice «á la vejez viruelas», y cuya perfecta equivalencia tiene en catalán con aquella que dice «a cent anys coteta *verda*», y que muy á las claras manifiesta que el vestir cotilla verde es cosa tan propia de jóvenes como impropia de ancianos.

«*Sant Francisco de Paula cortinas verdas*», dice otra locución catalana que se usa en el mismo sentido de criticar un despropósito, como si al barbudo San Francisco le cuadraran mal los cortinajes verdes, más propios de salones mundanos y elegantes que de su austeridad.

Todo esto es, ciertamente, muy vago é hipotético, sobre todo teniendo en cuenta que los pintores de aquellos tiempos, empezando por el Greco y acabando por Velázquez, pasando por Moro, Pacheco, Zurbarán, Ribera y Murillo, no dan fe, en sus cuadros y retratos, de la invasión de verde que deja entrever el Quijote.

Pero ¡quien sabe! Tal vez pudo dicha moda ser pasajera y de poca duración... Tal vez no sintieron, como Cervantes, simpatía por dicho color.

Sea de ello lo que fuere, otro que no yo, más perspicaz ó mejor documentado, hágase suyo este dilema y lo resuelva á satisfacción de todos.

Yo os ofrecí únicamente sacar á luz del Quijote algo que me sorprendía no haber visto, observado por otros. Si me equivoqué, si alguien con mejor fortuna, sin duda, se me anticipó, no me queda más que pedir os perdón por la fatiga que acabo de oca-

sionaros é infligir á estas cuartillas el mismo castigo que á los nefandos libros de caballerías infligió el discretísimo cura de Argamasilla. (1)

(1) Debo al erudito cervantista Sr. Givanel la indicación — que me ha llegado en el momento de entregar mi trabajo á la imprenta, — de que el *Doctor Thebussem* trató ya en un artículo, hace años, el asunto del color verde en varias obras de Cervantes. Aunque con ello pierda el tema la novedad, como espontáneamente lo traté, haciendo sólo uso de mis propios datos y observaciones, considero que es ya demasiado tarde para modificar ó retirar mis cuartillas, y las doy tal como están, rogando ahora más que nunca, á la Academia y al público, que me perdonen insista en lo que otro vió ya y que yo sentí como cosa propia, por impresión directa y no por reflejo.

CONTESTACION

DE

D. Ramón D. Perés

Señores Académicos:

Fiesta del espíritu es ésta en que una Academia que han honrado con su sabiduría mil esclarecidos varones, prueba una vez más su buen gusto y su justiciero impulso al llamar á su seno á un poeta, á un artista, que jamás pensó en ganarse la reputación de sabio, sino la de inspirado, la de creador de belleza, con aquel seguro y admirable instinto que Dios concede á unos pocos, para que contribuyan á llenarnos de sol, tibio y amoroso, la vida de la inteligencia, á hacernos grato el ambiente de este mundo, como en la naturaleza perfuman las flores el aire y parecen alegrarnos el corazón. Y es que vosotros sabéis todo el valor que para la cultura tienen las flores, como realidad y como símbolo, y que no deja de ser ardua ciencia la de cortejar á la Belleza y lograr que ella nos sonría complacida, siquiera sea su sonrisa tan fugaz como una luz que pasa, y se apaga para encendersc nuevamente después.

No un momento, sino durante una larga y laboriosísima vida, ha sonreído la Belleza á ese artista completo que se llama Apeles Mestres, y que tan diversas formas ha sabido dar al culto que le ha prestado, ya sorprendiendo y fijando sus líneas con el lápiz, ya confiando á la palabra escrita, en prosa ó en verso, la expresión de esas adoraciones íntimas que el paso de una diosa produce en los que se sienten esclavos suyos de por vida. ¡Dulce y fecunda esclavitud, señores, cuando en ella nació tan larga y celebrada prole intelectual como la que ostenta el nuevo académico, no sólo como dibujante exquisito, sino como poeta eximio.

No es, pues, la acertadísima elección de la Academia, acto de benevolencia que venga á premiar méritos incipientes y sirva de

estímulo á otros mayores, sino pura y sencillamente una de esas bellas consagraciones oficiales que parecen decirle á un hombre dedicado á la producción desde muy joven y que se halla ya al final de su camino: una hoja de laurel te faltaba y esa venimos á dártela nosotros para que tu corona sea completa y conste en la historia literaria que si el pueblo intimó contigo, las corporaciones oficiales supieron ver y apreciar tu sostenido y brillante esfuerzo que tanta resonancia obtuvo en esta tierra de nuestros amores y fuera de ella.

Como si ese carácter de universalidad hubiera querido dar también á este acto el nuevo académico, él, que sólo ha pretendido pertenecer á una literatura, la catalana, la del país en que nació, ha escogido para su discurso de ingreso aquí el idioma castellano, natural tributo á aquel genio universalmente amado y respetado que escribió el *Quijote*, y que le ha suministrado curioso asunto para la disertación que acabáis de oír. Modestamente, sonriendo, os la presenta como fruto de su observación personal de artista y de hombre de letras, y no quiere lucir en este momento una farragosa erudición á la cual no ha aspirado nunca: emite su idea y la entrega á las discusiones de los entendidos. Afortunadamente para los que os dignáis oírme, no me tengo yo por tal, y ello ha de ahorrarnos en mi contestación una buena parte de los comentarios que vengan á marchitar la gracia y la espontaneidad de una sugestiva indicación de observador sutil para quien la línea y el color, precisos, exactos, tienen más valor que para otros. Yo respeto demasiado al nuevo académico para tratar de resolver en un momento un punto que parece haber quedado hasta ahora sin clara y terminante explicación, á pesar de que la abundante y reconocida cultura artística de mi amigo podía haberle tentado á ello, y de que útiles resultan sus opiniones; pero también os respeto demasiado á vosotros, que me habéis encargado aquí de algo parecido á lo que suele llamarse en sociedad «hacer los honores de la casa», para dejar por completo en el aire y sin contestación una idea que suscita en mí recuerdos de modestas lecturas y que ya preocupó á otra pluma mejor cortada que la mía: la del Doctor Thebussem. (1) ¿Hay, me pregunto yo, en aquella preferencia de Cervantes por determinado color, el verde, influencias literarias anteriores á él, ó simplemente reflejos de la moda? Los que conozcan nuestro *Curial y Guelfá* (que bien podemos llamar nuestro por más de un motivo

(1) *Lo verde* (1869). — *Segunda ración de artículos*, Madrid, 1894.

en esta Academia que lo ha divulgado), acaso me dijeran que muchas veces aparece allí el mismo color mencionado, ya cuando al llegar Curial á Hungría le regala el Emperador un traje verde oscuro bordado; (1) ya cuando dice que los caballeros que estén enamorados de doncellas han de ostentar en un torneo los colores verde y blanco, como han de preferir los tonos negros ó morados si las damas son viudas ó casadas; (2) ya cuando nos habla de que aquéllos llevaban escudos verdes que atravesaba una barra de oro, (3) ó nos dice que los pabellones eran de terciopelo verde y blanco y las cuerdas de seda verde, blanca y oro. (4) Pues bien: en el *Palmerín* de Inglaterra, para no fijarnos en más libros de caballerías que éste, que el mismo Cervantes consideraba como único y digno de ser guardado con todos los honores que Darío concedió á Homero, se nota también la preocupación de los colores como símbolo. Al describir un grupo de doncellas, con hachas en las manos, vestidas todas de negro, llevando en hombros un féretro cubierto de seda negra, (5) el paño que cubría á una dueña y á un palafrén que iban detrás, y los cuatro caballeros ancianos que seguían, todo era ó iba vestido «de aquella triste color», y la casa á la que se dirigían tenía por nombre *Casa de Tristeza*, y un río que corría por el fondo de un valle cercano era de aguas negras, como las aves que poblaban el aire, y como un edificio que se elevaba en una isleta del río, estando decoradas con dibujos negros de enamorados hasta las paredes y el techo, «los más tristes que se podían hallar para hacer descontento el lugar en que se ponían». Veis, pues, aquí, en este ejemplo típico, que el procedimiento empleado es el de la aglomeración de notas de un mismo color, hasta un punto que

(1) Páginas 54 y 55 de la edición de la Academia de Buenas Letras: «Mas L'emperador que la nit passada no hauia tota dormit, enuia á Curial lo donatiu seguent; ço es, una correia grossa dor ab moltes perles de compte e moltes pedres precioses, la qual valia molt gran preu, un collar dor ab perlas tan grosses que per ventura semblants no eren stades vistés, e molts diamants e rubins. Encare li trames una esquerpa dor molt rica, e dues robes, una de *ceti ras vert escur* brodada...» etc.

(2) Página 70: «E sera partit (*el torneig*) en quatre parts; ço es que los cauallers qui al torneig vindrán, si són amorosos de viudes, vengan ab paraments burells e negres; e si són amorosos de dones maridades, hagen paraments morats; e si són amorosos de donzelles, hagen los paraments *verts* e blancs; e si són de monjes, *verts* e burells; e per aquesta raho sera conegut cascu de qual manera daquestes dones sera amoros.»

(3) Página 94: «Mas Curial sobrat de ira mirava enuers totes parts, e demana per un caualler que hania aportat en lo torneig un escut *vert* ab una barra dor quil trauessaua...»

(4) Página 193: «Perque Curial feu venir allí lo seu paballo, lo qual era lo pus rich e maior que fos en lo torneig. Era aquest papallo tot *vert* e blanc de vellut vellutat brocat dor, e les cordes totes de seda *verts* e blanques e dor...»

(5) Libro I, cap. VI.

hoy nos arrancaría una sonrisa. Análogamente, pero para producir opuesta impresión, en otros pasajes de la obra se habla del «esforzado Floriano armado de armas verdes»; (1) de dos caballeros, uno de los cuales «traía las suyas de verde y blanco, con sirgueros de plata por ellas», (2) y el otro «las vestía de blanco y pardo con extremos verdes», yendo en el escudo, «en campo verde, Apolo pintado á la manera antigua»; (3) ó nos dice que en «un batel á remo» venía un caballero armado de verde, y en el escudo, en campo del mismo color, Cupido preso, con su arco y flechas hechos pedazos, y hasta los remeros del batel iban «vestidos de *librea alegre*, porque entre aquella gente *no parecía haber cosa triste*». (4) Podrían multiplicarse las citas, como la de que en *Amadís de Gaula* se llama á éste *el caballero de la verde espada*, lo que involuntariamente recuerda lo del *caballero del verde gabán*, de Cervantes; y en otra novela de autor anónimo, que prepara el advenimiento de la de costumbres desde el siglo xy, la llamada *Questión de amor de dos enamorados*, se dice que Premines de Castilpana «salió todo vestido de verde claro, *que es esperanza perdida*, e los mozos de la misma color, porque la dama que servía, sus colores eran dos, verde oscuro y claro, *que son esperanza cobrada y perdida*»; (5) pero no he de cansaros con ello, porque con lo dicho creo que basta para ver como en autores de obras novelescas que constituían la acostumbrada lectura del siglo xvi, el color solía ser muy significativo y hallarse más ó menos de acuerdo con el estado de ánimo de los personajes ó con el medio ambiente. Y hay que tener en cuenta, señores, que, al fin y al cabo, el Quijote fué escrito para poner en caricatura «la mal fundada máquina de los libros de caballerías», según dijo su autor, siendo, en el fondo, el último de aquéllos por su fecha y el más alto, discreto y regocijado. Pero hay otros datos curiosos que pueden ayudarnos á comprender otra influencia, quizá la más directa: la de la moda.

La obra de Tirso de Molina, «Don Gil de las calzas verdes» acude inmediatamente á la memoria, y es de especial valor por ser los datos de Tirso los de un contemporáneo. (6) Desde la primera

(1) Lib. II, cap. V.

(2) Lib. II, cap. VIII.

(3) *Ibid.*

(4) Lib. II, cap. IX.

(5) Capítulo titulado: «Aqui el Auctor cuenta lo que Felisel otro dia puso en orden...» etc.

(6) Esta comedia está incluída en la 4.^a parte de las de Tirso, publicada en 1635 por Francisco Lucas de Avila. En la 5.^a parte (de 1636) figura *Amar por arte mayor*, que se ha supuesto escrita pocos años después de salir á la luz pública la 1.^a parte del *Quijote*.

escena aparece Doña Juana disfrazada de hombre «con calzas y vestido *todo verde*». Nos hallamos en Madrid y Doña Juana representa allí á un forastero que acaba de llegar de Valladolid. Otro personaje, Doña Inés, dice de aquel Don Gil disfrazado que es

Un Gilito de esmeraldas,

y que lleva

Unas calzas todas verdes,
Que ciclos son y no calzas.

Con lo que, visto el elogio, se le ocurre más adelante decir á un rival:

Calzas verdes
Me pongo desde mañana,
Si esta color apetece.

Y Doña Juana, la disfrazada de galán, nos ofrece un nuevo y sugestivo dato en un diálogo que nos entera de que la andan buscando á pregones por las posadas, preguntando por un Don Gil de unas calzas verdes, de Valladolid, á lo cual contesta su criado:

¡Señas son para Madrid
Buenas! Bien tu ingenio ensalzas,

lo que demostraría que allí abundarían esos galanes con calzas verdes, vinieran ó no de Valladolid, y en el nuestro, según la misma Doña Juana, esas calzas son «tan verdes como él», que «es abril de la hermosura». Vuelve á aparecer el símbolo, que confirman otros pasajes de la comedia, como también el gusto y alborozo con que veían las damas ese alegre «color de esperanza», puesto que Don Martín nos dice, al verse pospuesto, que si su rival ha sido preferido «porque vino en traje verde»,

... él y todo
Ha de andar del mismo modo.

También, y no es mía la cita, pues antes que por mí fué hecha ya por ajena pluma, (1) Lope de Vega, en «El ausente en su lugar» describe así los trajes de uno de esos galanes:

(1) Julio Monreal: *Cuadros viejos*. Dice el autor en esta curiosa obra (capítulo titulado *La ocupación de un caballero*): «Por lo pronto vistióse de negro, que era el traje de rigor para andar de día por la corte (Calderón, *La Dama duende*, act. II,

Y de noche; no hay verjel
Como su galán vestido:
Tiene, como iglesia, ternos
De todas festividades,
Con bravas curiosidades
Y pensamientos modernos.
Tiene gala de *desdén*,
De *celos* y de *favor*,
De *esperanza* y de *temor*
Y de *posesión* también.

De análogo modo, en el siglo xv, parece que los galanes hacían ya consistir el verdadero lujo, más que en la riqueza, en la inmensa variedad de sus vestidos, que procuraban tener de todos los colores y de todas las formas. (1)

Otros datos nada despreciables son que en el reinado de Enrique III de Francia, (2) aunque él gustara de vestir de negro, su hermano, el duque de Alençon, que de elegante se preciaba, pusiera de moda el verde para los soldados, y así como con otros trajes masculinos podían llevarse, por ejemplo, las medias de color diferente del resto, *cuando se iba vestido de verde era de rigor el ir así de cabeza á pies*. (3) También, según indica Paul Lacroix, (4) en el inventario de los muebles de Gabriela d'Estrées, de 1598, figura un rico traje de terciopelo verde que allí se describe detalladamente, y, por excepción, entre los cuadros de Velázquez que existen en el

esc. XII) y determinó salir aquella noche con el traje de *desdén*, porque se proponía dar martelo á la dama de sus pensamientos.» También en el capítulo *Una pica en Flandes* escribe: «No se había introducido por entonces en los ejércitos el uso de los uniformes, y así cada soldado se vestía, y hasta se armaba, por su propia cuenta, como mejor le parecía, pero dejando conocer siempre á la legua lo pintoresco de su vestido y lo bizarro de sus galas, cadenas y plumas, que ejercitaba el oficio de soldado, y esta desigualdad y variedad de trajes debía dar, por cierto, á los ejércitos, singular y vistoso aspecto.»

(1) Racinet, en su *Costume Historique*, dice que hacia 1430 «le luxe ne consistait alors à porter des habits fastueux, necessitant de fortes dépenses. L'idéal était de se montrer chaque jour avec un costume nouveau. La variance en habits est le principe du manuel de conduite que le poète Michault rimait vers ce temps pour l'usage des fils de famille.»

(2) 1551-1589.

(3) Racinet, *Le Costume Historique*: «La bigarrure était alors admise dans le costume (habla de la infantería francesa bajo Enrique III); les bas n'étaient pas dans la couleur du haut-de-chausses. Tel habillement était de huit ou dix couleurs. Le vert eut cependant ce privilège que en général ceux qui le portaient se mettaient ainsi des pieds à la tête. Le duc d'Alençon, frère de Henri III, avait été le propagateur de cette mode.»

(4) XVII^{me} Siècle. *Institutions, Usages et Costumes*. 1590-1700.

Museo del Prado hay, según el Catálogo de Madrazo, un retrato ecuestre de niño, el del príncipe D. Baltasar Carlos, perteneciente á la colección de Felipe IV, en el que el colco y el calzón son de verde oscuro; siendo también ambos verdes en otro retrato de un enano del mencionado rey; y «El niño de Vallecás», viste también «tabardo y calzón verde», y «todo verde» es el traje de «El bobo de Coria», (1) lo que demuestra que duraba aún la costumbre de usar aquel color, aunque no fuera el dominante, ni el predilecto de nuestros pintores de retratos.

Que a los contemporáneos de Cervantes no hubiera pasado inadvertido que el verde era color adecuado y significativo, sin duda, entonces, para vestir con él á D. Quijote (aunque también lo usó Cervantes en el *Persiles* y en otras obras para adornar ya el forro de un traje de raso blanco de Leonora, ya el toldo ó *palio* de una barca, ya la casaca y los calzones de terciopelo verde de Periandro, que, según el autor, iba vestido «á lo marinero»), (2) me lo hace presumir la simple lectura de los siguientes párrafos que es-

(1) Madrazo: *Catálogo de los Cuadros del Museo del Prado*.

El Doctor Thebussem dice en el artículo citado: «A la vista tengo las cartas de dote (Medina Sidonia, 1573-1606) de las hidalgas y ricas damas D.^a Catalina de la Serna y D.^a Maria Arroyo Sidón, en las cuales consta que entre las preceas que llevaron á sus matrimonios se contaban sayas, corpiños, jubones y almohadas de raso y de terciopelo *verde*.»

Son importantes los siguientes datos que cita también: «Don Nicolás Antonio apunta que el médico portugués Fernando Cardoso escribió un libro con el título de *Panegírico del color verde*, impreso en Madrid en 1635. — Veintiún años después de muerto Cervantes, publicaba un folleto de treinta y cinco hojas en octavo el Capitán Manuel Fernández de Villarreal... intitulado *Color Verde* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1637.)»

Añade igualmente que Manuel de Faria y Souza, el insigne comentador de Camoens, que fué aprobante de la citada obrita del capitán Fernández de Villarreal, dice «ser propio de la gente militar el vestirse de colores varios, y no servir en los soldados y amantes solamente de galas, mas también de imágenes de pensamientos amorosos, ó militares y devotos. Muchos de los antiguos, cuando salían en campaña militarmente, se vestía cada uno del color de aquel dios á que era más aficionado; y en lo moderno el color de los hábitos de unas y otras órdenes se eligieron por sus significados. Hoy casi todos, galanes y soldados, hacen esta devocion y estas aplicaciones á sus damas, vistiéndose de los colores que ellas más estiman ó que más pueden significar sus intentos. El *blanco* significa pureza, fe y triunfo; el *rojo*, ira, crueldad y venganza; el *verde*, festejo, alegría y esperanza.»

(2) «Y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora acompañada de la Priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas, venía aferrada la saya en tela de oro verde...» *Persiles*, lib. 1.^o, cap. X.

«Era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande...» *Persiles*, lib. 2.^o, cap. XI.

«Antonio el hijo iba del mismo modo, però con el arco en la mano, y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podía cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban...» *Persiles*, lib. 3.^o, cap. I.

cribió poco tiempo hace en un artículo un erudito compañero nuestro, el Sr. Oliver, al dar noticia detallada de la publicación, á expensas del municipio de Oporto, de un manuscrito del Museo Británico que lleva el título de *Fastigimia (Las Memorias de Valladolid)* y es original de un portugués. (1) Dicen así: «Refiere el cronista como él y un amigo suyo fueron á solazarse en la huerta del marqués de Camarasa, de los alrededores de Valladolid, frecuentada por damas y damiselas divertidas, por galanes á caza de aventuras.» «Estando en esto — añade — llamóme uno de mis compañeros y me dijo: — Venid, y veréis la más notable farsa y figura que se vió en este mundo. — Fué, pues, el caso que, pasando un *Don Quixote vestido de verde*, flaco, alto de cuerpo y desmadejado, oteó debajo de un álamo ciertas mujeres que estaban allí divirtiéndose y tomando el fresco. Púsose el *Don Quixote* de hinojos, á enamorarlas y echarlas requiebros; mas quiso la mala ventura del enamorado caballero que dos bellacos que acaso por allí pasaban, reparando en su arrodillada y suplicante postura, hicieron seña á los transeuntes, invitándoles á que viniesen á presenciar el rendido culto del andante caballero. Mas de doscientas personas acudieron allí al punto, siendo tales y tantos los chistes y donosas burlas que al caballero se dirigieron, que no hay modo de referirlos.»

Es de notar que en otro disfraz de esos representando á Don Quijote aparece éste en el mismo libro del autor portugués vestido de muy distinto modo y color, porque de otra manera que la de galán viejo vestido de verde se había imaginado el personaje la persona disfrazada.

Por todo lo dicho se ve cuán fundada es la observación que hace en su discurso el nuevo académico, y cómo de lo que parece curiosa coincidencia, pueden deducirse datos que nos ayuden á imaginar con mayor viveza y conocimiento de causa algo que es típico de la época descrita por el inmortal autor. Permitidme, sin embargo, que deje yo aquí también á plumas más versadas en erudición cervantista, el fallo definitivo que satisfaga á los más exigentes. Básteme decir que en mi concepto *aprovechóse, tal vez, Cervantes de una moda para hacer su obra más semejante á los libros de caballerías que se propuso combatir y que, sin duda, habían sido el pan cotidiano de su juventud, como de tantos otros en aquellos tiempos, ó bien que, influido por tal literatura, se dejó arrastrar con gusto (por*

(1) Pinheiro da Veiga. El artículo del Sr. Oliver á que aquí se alude se publicó en «La Vanguardia», de esta ciudad, el pasado año de 1917.

su propia naturaleza y por lo que de actualidad había en ello) hacia la aglomeración de notas de un mismo color que se consideraba como el más alegre.

Y ahora, señores, cumplido, aunque á la ligera, mi primer deber de cortesía, voy á añadir, con verdadero placer, algo de lo mucho que podría escribirse acerca de la personalidad literaria de Apeles Mestres, dejando aparte la artística, en la que tiene á su favor 40,000 dibujos publicados. Más de setenta títulos figuran en la lista de sus obras, y entre ellas hay tomos de poesías líricas, poemas, volúmenes escritos en prosa, y no pocas obras teatrales. La fecundidad de nuestro autor es bien notoria; pero poco significaría ella para mí si no fuera acompañada de grandes y numerosos aciertos. Le conocí en mi juventud como poeta lírico de inspiración dulce, suave, íntima, con tendencias, innatas en él, á lo musical, á la canción popular, lleno de sutil ingenio y enamorado de una forma que resultaba entonces muy moderna, muy nueva, porque Mestres es uno de los poetas que han contribuído á modernizar nuestra poesía desde una época en que pocos pensaban en ello y con anterioridad á otra renovación de la poesía castellana, cuyos elementos, en todo ó en parte, existían ya en Cataluña, en la Galicia de Rosalía de Castro y de Curros Enríquez, y en América, influída ésta, más que nosotros, de absorbente *parisianismo*.

Vi pronto á mi amigo, con cuya producción solía estar en contacto, tender á lo narrativo, á lo más ó menos dramático, con sus *Balades* y con sus *Idilis*, y su inspiración iba robusteciéndose, ensanchándose cada día, sobre todo con los *Idilis*, en que se notaba, no sin que muchos lo desaprobaran, el deseo de renovar á Teócrito, lo que aun hoy ha intentado algún novísimo poeta extranjero, adaptándolo á la vida y costumbres de nuestros días. Si en las *Balades* había el elemento de cultura artística, en los *Idilis* aparecía el de la observación campesina que siempre ha interesado grandemente á nuestro poeta, como también la de la gente de mar, y ello llegó á crearle un género especial, hasta el punto de que Apeles Mestres era para la mayoría el autor de los *Idilis*. Pronto éstos evolucionaron, llegando á convertirse en poemas de poca, pero mayor extensión; fué preocupando cada vez más al autor la forma dramática, y tentóle el teatro, como á tantos otros, lanzándose á él de lleno y obteniendo importantes éxitos (1). Al propio

(1) *La nit de Reys* se representó 170 noches consecutivas; y *Sirena* se ha representado en toda Cataluña más de 1,200 veces.

tiempo, el poema corto comenzaba ya á no satisfacerle del todo y, al fin, nos sorprendió con otro verdaderamente extenso, ambicioso y lleno de encantadora fantasía, *Liliana*, la que él ha considerado como su obra capital, y que mientras siga produciendo es aún prematuro afirmar ó negar que realmente lo sea, pues ya ha sido dado al público otro poema suyo de alto vuelo: *Atila*, que marca una evolución de su estro poético y del cual han sido ya aplaudidos en pública lectura admirables y vigorosos fragmentos, dignos de lo que es él: un gran poeta, habiendo sido traducida la obra al francés y al inglés.

En la compleja personalidad de Apeles Mestres va á resultar difícil afirmar en pocas palabras cual sea el género en que haya concentrado con mayor acierto todas ó las más características de sus facultades, aunque bien claro ha dicho él de sí mismo recientemente (1) que era el cantor de la paz, de la belleza y la armonía, de las espigas y de los secretos que encierran los bosques, y el amor, y ese mar que besa también a Grecia; pero acaso últimamente sea para algunos el cantor de la guerra que hoy aflige al mundo, y para el público que no es aficionado á leer, sino á ver y á oír, sea, principalmente, el autor-dibujante que supo hacerse popular primero en la prensa y ha vuelto á cautivar después en el teatro la atención general. Para los que le fuimos siguiendo desde jóvenes en su marcha ascendente, será siempre, á pesar de todas sus cualidades de narrador, el poeta lírico profundamente artista, espontáneo, fácil, personalísimo, sin rebuscamientos ni erudiciones ó filosofías de libro, y sólo con aquella especie de filosofía natural que suele ser propia de los hombres que han pensado, vivido y observado mucho. Son esos como aquellos terrenos muy ricos en mantillo, que producen abundantes cosechas sin necesitar el tónico continuo que el auxilio de la Química proporciona. Todo tiene en el mundo sus adeptos, sus aficionados, y hay quienes para aquilatar la belleza de una poesía necesitan averiguar el sedimento de lecturas filosóficas que hay en su fondo. Así sea éste mayor ó menor, sube ó baja ese termómetro que marca los grados de admiración de ciertos lectores, más aficionados á los abonos químicos de la inteligencia que á la belleza pura, en su pristina sencillez. Sin embargo, yo comprendo que la admiración de la belleza pura sea la menos frecuente, porque en la poesía cada uno busca reconocer lo que ya lleva en sí.

(1) *Flors de sang, Preludi.*

Más de diez y ocho tomos de poesías líricas ha publicado Apeles Mestres; diez conteniendo poemas; seis en prosa, como también en ella están escritas varias de sus obras teatrales que pasan de treinta, sin contar más que las ya conocidas. Acaso haya que aumentar ya todos esos números dentro de brevísimo tiempo.

Yo recuerdo con especial cariño, además de sus *Idilis* y sus *Balades*, sus *Cants íntims*, sus *Odas serenes*, sus *Flors de sang*, reproducidas ó traducidas en varios países extranjeros; (1) su *Margaridó*, su *Estiuet de Sant Martí*, sus *Poemas de mar*, su *Liliana*... ¿Qué he de deciros si cada título que menciono despierta en mí el remordimiento de los que tal vez injustamente olvidó en estos instantes y que alguien podría citarme?

Apeles Mestres es uno de esos autores de grandes merecimientos que ha tenido la suerte de poseer un público especial, completamente suyo, fidelísimo, que empezó á amarle cuando joven y sigue amándole en su edad madura, á despecho de evoluciones y de modas. Por mucho que la crítica lo haya ensalzado, siempre me ha parecido á mí que el fuego de esas admiraciones particulares, más férvidas é íntimas que vocingleras, superaba á ciertos reflejos que de aquel fervor nos ofrecían parte de la prensa y algunos libros. La historia literaria tendrá que revisar en lo futuro, no pocas deficiencias nuestras. Seguimos con harta facilidad la corriente (2). Pero después de todo, los críticos contemporáneos no son la autoridad definitiva que ha de juzgar á los poetas. Asombra ver hoy en colecciones de periódicos ó de revistas antiguas lo que en su tiempo se dijo de ciertas obras que son ahora famosas, y sólo el tesón de sus autores pudo evitar que rompieran éstos la pluma para no escribir más, cuando tan mal se les pagaban sus esfuerzos. Llevan los poetas en sí, cuando lo son de veras, pues de los demás no hay que hablar por ser perjudiciales á lo que tantas veces se ha llamado la República de las Letras, una fuerza virtual que está muy por encima de la crítica menuda, especie de tribunal inferior que unas veces ayuda admirablemente á conocer la verdad, con seguro instinto de la justicia, y otras á embrollarla y desfigurarla, con esa especie de momentánea aberración colectiva á que con frecuencia están

(1) Léase, por ejemplo, lo que de ellas dice con profunda admiración M. R. Charles-Garnier en la conferencia que dió en el *Foyer Français* de Barcelona el 28 de diciembre de 1917.

(2) El nombre de Apeles Mestres ha brillado por su ausencia algunas veces, á pesar de toda su sostenida y excelente producción, al formarse ciertas listas de poetas catalanes contemporáneos de fama.

sujetas las multitudes. El estremecimiento de solitario entusiasmo ó la mal contenida lágrima que pugna por saltar de los ojos de un lector ó lectora dotados de gusto y de sentimiento, no deformados voluntariamente por rutina ni escuela alguna, son el fallo definitivo en que todo verdadero poeta cree, al que todo verdadero poeta aspira, y obtuvo años hace el nuevo académico, que hoy vemos tan lleno de ingenio como siempre y con la doble aureola de poeta de la línea y cincelador cuidadoso del verso, como uno de aquellos hombres completos ó de variadas aptitudes propios de la época del Renacimiento.

Yo le deseo que esa fuente de perenne juventud que parece bañar su inteligencia, le permita imaginar aún numerosas bellezas, con el mismo entusiasmo de aquellos verdes años, que así se llaman, tal vez, por lo que tienen de abrileña sonrisa, rica de esperanza... Y permitidme, señores, que no os canse más, terminando aquí mi discurso, porque acaso contagiado por el ejemplo, yo también he calificado de *verdes* á los años sin que hubiera absoluta necesidad de hacerlo. Ello me advierte que hay que ponerle aquí el colofón á mi trabajo, para que, al menos, parezca impreso en el más apropiado color: el que, como habéis visto, tantas veces se menciona en las páginas del *Quijote*.